

SOBRE LA PROPIA IMPORTANCIA

Todas las personas necesitamos ser aceptadas, reconocidas y apreciadas. Todos necesitamos sentirnos importantes, dignos, estimados y respetados. El peligro que corremos es, si no recibimos todo esto, intentar conseguirlo por nuestras propias fuerzas y recursos. Así surge el orgullo, la «exaltación del yo». Surge la arrogancia, la jactancia, la insolencia. El orgullo pretende exaltar el yo a toda costa, de cualquier forma, de todas las formas posibles. Muchas veces busca cauces muy sutiles y recurre a todo tipo de tretas. Al hacerlo, se engrandece uno a sí mismo y empequeñece a Dios y a los demás. La búsqueda de la propia importancia se convierte en obsesión, en la pasión dominante. Esta es la causa de multitud de pecados que se incuban en el corazón, a veces de manera muy sutil, inconscientemente. Si no obtenemos de Dios nuestra dignidad y valor personal, los buscaremos desordenadamente por nuestra cuenta. Trataremos de dominar sobre otros, de mostrar nuestra superioridad, la preeminencia del yo.

Por ejemplo, a veces adoptamos actitudes agresivas (o defensivas) cuando otros sospechan que hemos hecho algo que no hemos hecho. O en una conversación, ¿Quién no se ha dado importancia o no ha dicho algo para impresionar a los demás? O en la carretera, cuando alguien nos hace una picia, ¿Cómo reaccionamos? ¿No sale a relucir el orgullo como un resorte?

¿Cómo reaccionamos cuando alguien nos menosprecia o nos ignora olímpicamente? ¿O cuando toca nuestra dignidad y nos trata como un trapo? ¿O cuando otro se lleva el crédito o la alabanza por algo que nosotros hemos hecho con gran esfuerzo? Sin embargo, a veces otra persona que apenas ha hecho nada se lleva la honra. ¿Cómo reaccionamos cuando

nos ignoran o nos tratan mal o con desconsideración? ¿O cuando nos tolean en una oficina de la administración, o cuando no nos reconocen? ¿Nunca decimos: «Pero éste quién se ha creído que es»? Yo merezco más respeto...

Muchas veces procuramos salvaguardar la importancia, la aceptación, el reconocimiento, la estima, el honor, el respeto, preservar la dignidad, el escalafón que nos corresponde.

¿Cómo reaccionamos cuando somos ridiculizados por defender posturas bíblicas o valores cristianos tradicionales?

¿Cuándo nos consideran carcas, anticuados, o cosas peores?

¿Nos acobardamos? ¿Nos acomodamos? ¿Transigimos?

¿Somos capaces de cualquier cosa con tal de gustar y caer bien? Muchas veces somos tentados a agradar, caer bien a los hombres, con tal de no desentonar ni crearnos enemigos, de no permitir que digan que somos trasnochados, que nos cataloguen como retrógrados, poco avanzados, poco progres, poco liberados, cohibidos por nuestra estrechez de miras, de mentalidad puritana, conservadora, fundamentalista, legalista, intolerante, fanática, pero agradar a los hombres no es agradar a Dios. Es necesario ser mansos, pero hay que ser radicales, navegar contracorriente. ¿Cómo nos sentimos cuando alguien contradice o echa por tierra nuestras opiniones, nuestra forma de pensar? ¡A veces somos tan sabios y obstinados en sostener nuestra propia opinión e interpretación de las cosas! Pero en el fondo tenemos que verlas como Dios las ve. Ese debe ser nuestro criterio y nuestra referencia.

El bautismo de Jesús

En su bautismo Jesús recibe la plena afirmación y aceptación del Padre. Su aprobación debe ser la fuente de nuestra identidad, la base de nuestra estima y el origen de nuestra importancia. De este modo, cuando sobrevengan aflicciones, adversidades, pruebas, oposición o persecución, podremos resistir sabiendo que aunque nuestra estima, imagen o posición sufra menoscabo y seamos humillados, ello no

afectará para nada la identidad, la afiliación y la dignidad que tenemos en Él. «Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará». ¿Cómo te gustaría que te honrase el Padre? ¿En qué? ¿De qué manera? (Juan 12:16). No debemos tomarnos las cosas personalmente ni ofendernos cuando el yo se ve amenazado, ni defender la imagen que proyectamos de nosotros mismos. Recordemos a quién representamos, quién nos ha enviado. No somos nuestros. No tenemos que proteger y defender a toda costa nuestra fama o renombre, reputación y dignidad. La importancia que tenemos es intocable. Nadie nos la puede arrebatar en Cristo. Esa es la que vale, no la que nos labramos nosotros.

¿Cómo reaccionamos cuando alguien nos adula y nos pone por las nubes, cuando nos alaban desmedidamente, hasta el punto de ruborizarnos y sacarnos los colores? Puede ocurrir que tengan parte de razón o que estén equivocados. Si están equivocados, ¿soy capaz de discernirlo? ¿Me conozco? ¿Conozco la verdad acerca de mismo? ¿Cómo reacciono en mi interior? Y si dicen la verdad en parte, ¿dejo que se hinche mi ego o soy sensato y doy la gloria a Dios? En el fondo, creo que esta es la pregunta trascendental que todos nos debemos hacer. ¿Da mi vida gloria a Dios o busco mi propia vindicación? Si soy un verdadero creyente podré responder esta pregunta de forma positiva.

Reflexión y meditación gentileza de
ANTONIO PÉREZ SOBRINO